

In memoriam (En la muerte de tres amigos)

JOSÉ ANTONIO MIGUEZ*

Quizá vendría mejor emplear como subtítulo de este artículo, *En la muerte de tres amigos*, otro que dijese *En la muerte de tres compañeros*, porque compañeros en el Instituto «Francisco Aguiar» de Betanzos lo fueron dos de ellos, a los que luego me referiré, Pedro Carro Carro y Antonio Selgas Goyanes, ya que el tercero, Ignacio Pérez Vázquez, se incorporó al Instituto cuando yo ya me había jubilado. Con los tres tuve contacto muy asiduo durante los años de permanencia en el Instituto, que fueron muchos, trato que, por otra parte, en el caso de Ignacio Pérez Vázquez, intenso y cordialísimo, se desarrolló de manera casi ininterrumpida en esos atardeceres melancólicos que nos deparaba el clima de Betanzos y que permitían, en paz y en sosiego, unas conversaciones peripatéticas en la Plaza del Campo, llevadas más allá de los temas profesionales hacia derroteros que a veces derivaban en una prospección de aconteceres con relación al futuro próximo. Tengo que decir que siempre encontré en Ignacio Pérez Vázquez al interlocutor interesado por encontrar respuestas a tantos y tantos problemas que a los dos nos preocupaban y que yo, seguramente, nunca pude resolverle del todo. Eran conversaciones entre amigos, en las que Ignacio se abría amistosamente con la sana intención de enriquecer su espíritu con las respuestas de quien creía que, por su experiencia de educador, podría transmitirle alguna enseñanza positiva que le sirviese de lección para sus próximos pasos en la docencia. Ignacio aspiraba a ser profesor y necesitaba una orientación clara que despejase sus muchas dudas. Y conmigo era sincero porque yo le infundía confianza y le ofrecía además una amistad desinteresada, que nunca negué a quienes me la pidieron con el deseo de compartir experiencias, más aún que el de aleccionar sobre temas o materias en las que yo mismo tendría mucho que aprender. Guardo recuerdos muy vivos de la generosidad y del talante de Ignacio Pérez Vázquez y de los elogios inmerecidos que me dedicó cuando ya, con su habitual heterónimo de Brais da Bouza, colaboraba en las páginas que el diario ABC dedicaba a Galicia, recogiendo noticias del ámbito cultural gallego y dedicando atención a los amigos, como lo hizo conmigo en un artículo suyo sobre mi libro en torno a la tragedia y los trágicos griegos que me había publicado la Editorial Aguilar.

Hombre muy retraído, pero afable en el trato, Ignacio Pérez Vázquez gustaba de la conversación y no la rehuía sobre todo cuando le interesaba conocer las opiniones de los demás, de aquellas personas que él creía que podían aportarle conocimiento y experiencia de la vida. Posiblemente se aisló demasiado y vivió más bien encerrado en sí mismo, no sé si aquejado en lo más íntimo de un sentimiento de inferioridad que infravaloraba sus méritos y sus propias posibilidades. Yo le traté mucho durante largos años y conocí algunas de sus debilidades; en el fondo pude comprobar que apreciaba la amistad y las

*José Antonio Míguez es Doctor en Filosofía y Letras y fue Catedrático de Lengua y Literatura españolas en el Instituto de Bachillerato «Francisco Aguiar» de Betanzos hasta la fecha de su jubilación académica.

buenas maneras, con el reconocimiento de sus limitaciones que él sin duda agrandaba, porque es verdad que nunca se jactó de mostrarse superior a nadie, con esa soberbia y vanagloria que a tantos pierde y desorienta, haciéndoles al fin unos seres despreciables.

En sus últimos años, y a través de sus colaboraciones en el *Anuario Brigantino*, Ignacio insistió en un tema que ya le preocupaba desde hace tiempo: la escritura correcta y el cumplimiento de las normas ortográficas. Me parece que en este punto quizá se excedió en su rigorismo, y no porque yo desdeñe el cumplimiento a rajatabla de esas normas, sino porque me parece que lo que es convencional no debe obsesionar al escritor, como no obsesionaron en su momento a Juan Ramón Jiménez, que alteró las normas ortográficas en la escritura de su poesía con su criterio unificador en el empleo de la -j. Y se respetó su criterio y se le sigue respetando por el sentido lógico con que procedía Juan Ramón, aunque rompiera abiertamente con los usos que imponía la Academia de la lengua.

Por lo demás, aunque la amistad nunca se rompió, mi contacto con Ignacio se hizo menos frecuente a partir de la fecha de mi jubilación. Me alegró mucho, eso sí, que hubiese visto cumplidos sus deseos de incorporarse como profesor de Lengua española en el Instituto de Bachillerato «Francisco Aguiar». Si mi propia jubilación facilitaba ese deseo suyo, celebraba las dos cosas, la jubilación y el acceso de Ignacio, tal como él me lo había reiterado en nuestras antiguas conversaciones. Pero Ignacio, ésta es la triste verdad, no pudo disfrutar mucho de aquella noble aspiración de superarse profesionalmente. Su salud debía estar minada por alguna enfermedad oculta que yo desconocía, y así su muerte, para mí tan sentida cuando se celebraban los cincuenta años de vida del Instituto, constituyó una sorpresa de la que tardé en recuperarme. Ignacio Pérez Vázquez fue un amigo al que siempre aprecié y de hecho alenté para que se superase en su quehacer docente. En ocasiones, no lo niego, le ví demasiado abrumado, vencido por su mismo aislamiento, rozando la misantropía, un mal del que resulta difícil recuperarse. Creo firmemente que fue un hombre bueno y yo le recuerdo con el corazón dolorido, con la pena de haber perdido un verdadero amigo, leal en el afecto y en las pruebas constantes de su amistad.

Pedro Carro Carro y Antonio Selgas Goyanes fueron compañeros en las tareas docentes del Instituto «Francisco Aguiar» ya casi desde el comienzo de las actividades educativas del Instituto. El uno, Pedro Carro Carro, se incorporó al Centro después de un concurso-oposición a la plaza de Maestro de Taller de la Sección de Mecánica dentro del llamado Ciclo de Formación Manual en las enseñanzas de tipo profesional. El otro, Antonio Selgas Goyanes, ocupó en principio plaza de auxiliar de la disciplina de Matemáticas para incorporarse luego a la de Ciencias de la Naturaleza, en la que llegaría a ser titular provisionalmente después del fallecimiento del Director del Instituto, Agustín Folla Leis. Los dos fueron amigos y compañeros, con los altibajos que tiene esta relación en los muchos años de contacto personal que mantuvimos como componentes del Claustro de profesores. Creo poder decir que la relación con ambos de mi esposa y yo fue fluida y amistosa, que perduró hasta que la muerte ha dictado su ley imponiendo esa ruptura con la vida en el mismo año en que se cumplía el cincuentenario de la fundación del Instituto. A Pedro Carro Carro le apreciábamos por su viveza y buena disposición hacia sus amigos y compañeros y por esa condición suya de persona extravertida y abierta a todos, tanto como por su competencia en el trabajo profesional. Pedro Carro Carro fue hombre de felices iniciativas, de reivindicación de derechos en favor de quienes compartían con él las actividades de la formación profesional. Tuvo intervenciones sonadas en las directrices



Pedro Carro Carro, Antonio Selgas Goyanes e Ignacio Pérez Vázquez.

que se fueron sucediendo para la articulación de estas enseñanzas e incluso, en los tiempos de la nueva reordenación educativa de los Institutos de Enseñanza Media y Profesional, ocupó el cargo de Consejero Nacional de Educación, en Madrid, en cuyo seno planteó y defendió propuestas que debían dar primacía a la especialización profesional en los citados Centros. Incansable en su actividad en las altas instancias de la Administración, Pedro Carro abandonó un tanto los aspectos concretos que más le concernían, personal y familiarmente. No supo, quizá, cuidar de lo suyo, ni, en ocasiones, atender el trabajo diario, que es más oscuro y no goza generalmente del relumbrón momentáneo del éxito. Yo le quería y le apreciaba y mi esposa recordaba siempre la buena impresión que le produjo en las pruebas del concurso-oposición a la plaza de Maestro de Taller en el Instituto.

Un buen día del verano del 2002, casi en las vísperas de los actos más señalados del cincuentenario, le enterramos en el camposanto de Oza, en A Coruña, un cementerio que trajo para mí el recuerdo de antepasados míos cuyos restos también fueron inhumados aquí, cuando Oza era todavía Ayuntamiento con actividad propia, no anexionado aún al de A Coruña. Confieso mi tristeza por la muerte de Pedro Carro, porque nunca dejé de estimarle, a pesar de que reconocía sus puntos débiles en el abandono de proyectos e iniciativas que demasiado pronto, tal vez, quedaban relegados al olvido. Servicial y desinteresado siempre lo fue, y esto le salva en una consideración objetiva y rigurosamente humana de su vida.

Antonio Selgas Goyanes fue otro de los profesores que enriqueció la historia de quienes compusieron el Claustro del Instituto «Francisco Aguiar», desde casi los albores mismos del Centro. De profesor auxiliar de Matemáticas pasó a titular de Ciencias de la Naturaleza, si no recuerdo mal, y ello no quiere decir que se le deba considerar como un profesor errático, sino más bien como un profesor con vocación para la enseñanza, para la que partía con la ventaja no sólo de sus conocimientos y su vocación científica, sino también con la de su claridad y amena exposición, que hacía fácil de comprender los intrincados problemas de la ciencia. Esta misma condición clarificadora se manifestaba a través de sus amenas conversaciones, en las que afloraba lo mejor de su carácter, sin que un mal gesto hiciese desaparecer su sonrisa franca y amistosa con la que se ganaba la

confianza de quienes le trataban. Antonio Selgas no se enfadaba con nadie y, muy al contrario, conseguía amigos en todas partes, con lo cual facilitaba también las cosas para que creciese su pequeño imperio comercial, pues el ganar amigos generando confianza es una de las máximas que debe tener en cuenta un buen comerciante, y Antonio Selgas lo era y lo demostró a lo largo de su vida. Pocos como él dejaron tras de sí una estela de hombre sin recelos y enemistades, porque era comprensivo y obsequioso con todos cuando debía serlo, predispuesto siempre a servir a los demás, a trueque naturalmente de que ello le reportase un beneficio, que él no desdeñaba. A Dios rogando y con el mazo dando, diríamos con razón del profesor y comerciante Antonio Selgas. Pero no hay contradicción entre ser persona cumplidora, afable y servicial, y aspirar a que el negocio prospere, sin que medie por supuesto la mentira o el engaño. Como Profesor, Antonio Selgas hizo ameno lo que por abstracto resulta difícil de comprender; con la amenidad de sus explicaciones facilitó la comprensión de lo que, a primera vista, no parece fácil, cumpliendo así una máxima, la de enseñar deleitando, que para mí es esencial y efectiva en el campo educativo. Creo que los alumnos le apreciaban y le sentían próximo a ellos, y él, a su vez, hacía lo posible por llevar al ánimo de todos que el camino de la ciencia no es tan tortuoso ni está tan lleno de obstáculos como a menudo solemos pensar. No divagaba por divagar; quería simplemente ofrecer a sus alumnos un raciocinio clarificador, descubrirles con lenguaje preciso y fácilmente comprensible un mundo que nos fascina y embelesa cuanto más profundizamos en él.

Pero hay un hecho muy significativo de la bonhomía de Antonio Selgas que yo desearía destacar aquí, porque los hechos, al fin y al cabo, tienen siempre mucho más valor que las palabras. Antonio Selgas padecía una grave enfermedad que él sobrellevaba con resignación y una cierta esperanza. Ese debilitamiento suyo no le impidió, sin embargo, participar activamente en la celebración de los actos del cincuentenario del Instituto, incluso de una manera tan directa como pudimos contemplar cuantos nos vimos involucrados en esta feliz celebración. Lo demostró bien a las claras la magna exposición fotográfica con un material exclusivo de su archivo que facilitó al Instituto y cuya inauguración tuvo lugar con su presencia e intervención, junto con la de mi esposa. Radiante de júbilo y satisfacción Antonio Selgas aún tuvo arrestos para asistir a la comida de confraternidad de los antiguos alumnos, y allí, una vez más, nos deleitó con esas pequeñas historias y esos dibujos con los que trataba de alegrar el ánimo de todos, y no sé si el suyo propio, porque quien sabe si el ánimo de Antonio Selgas, íntimamente, presentía su próximo fin, y sólo quería dejar constancia de que seguía el hombre animoso de siempre, rebosante de optimismo, que deseaba contagiar a todos los que consideraba sus amigos.

Un hombre bueno como Antonio Selgas se iba de este mundo pocas semanas después. Se iba con él un amigo entrañable, servicial como pocos y con una trayectoria vital verdaderamente difícil de igualar. Antes le habían precedido en ese viaje a lo desconocido otros dos buenos amigos, Ignacio Pérez Vázquez y Pedro Carro, con los que compartí momentos muy gratos, realmente inolvidables, en esta ciudad de Betanzos, a la que ellos y yo brindamos nuestro quehacer ilusionado, nuestra fe en el progreso de los pueblos a través de una acción educativa, no sólo racional, sino entendida también como una empresa colectiva en la que manda el corazón de todos los que en ella participan. Los tres amigos y compañeros cuyo recuerdo acabo de evocar nos dieron un ejemplo que nunca debiéramos olvidar.